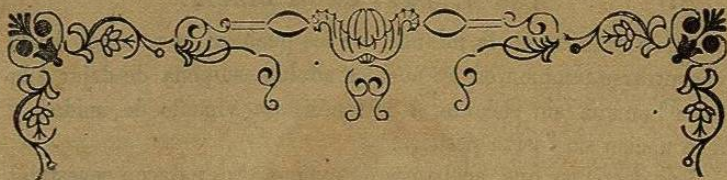




Lit. Llano y Comp.

Viuda é hijos de Arango editores.

RUTH.



RUTH.

Iguala en precio á las cosas raras y de
lejanas tierras.

PROVERBIOS. XXXI.

CADA cosa tiene su naturaleza y sus leyes, cada virtud su belleza y su recompensa. La familia es la fuente del bienestar de las naciones y los ciudadanos; y Dios ha hecho sagrado y querido para nosotros el hogar doméstico y ha derramado en nuestros corazones é infundido en nuestra sangre la piedad filial y el amor fraterno, porque no se podría sostener la familia sin el desinteresado y recíproco amor de sus miembros. La dulce imagen de un padre, las caricias y besos de una madre, los largos días de la niñez pasados bajo la vigilancia amiga de un hermano ó de una hermana, son recuerdos todos que siguen al hombre hasta el sepulcro, que alimentan su ingenio, dominan sus pasiones, le regocijan en los días de bienandanza, y son en la adversidad el primero y el último de sus consuelos. ¡Sentimientos tranquilos, virtudes sin brillo deslumbrador que se encuentran con un carác-

TOM. I.—2.

ter mas poético en la infancia de los pueblos; pero que deben encontrarse tambien en los pueblos adultos, so pena de dejar á la vida humana sin encanto, á la familia sin vínculo de unidad, y á la nacion sin fuerza positiva!

Las doctrinas que acabamos de exponer nos parecen revestidas de un inefable atractivo en la sencilla y antigua historia de la moabita Ruth, tanto mas digna de presentarse á los ojos de nuestros contemporáneos, cuanto que el desamor hácia la familia y el fastidio de los goces domésticos son la enfermedad del siglo. En todas las cosas humanas hay un principio de utilidad al par de un elemento de ruina: ganarán los países en civilizacion y en recursos con la difusion y mezcla de sus hijos en diversos puntos; pero es necesario cuidar á la vez de que no pierdan su nervio y su fuerza íntima, por el enflaquecimiento gradual y la ruina de las relaciones de parentesco y las virtudes interiores. He aquí la razon que hay para tratar de corregir en parte los gustos cosmopolitas é instintos egoistas de nuestra época, pintándole las dulzuras de la familia y presentándole el espectáculo de un amor tierno y desinteresado, hijo de las afecciones domésticas. Todo esto hay precisamente en la sentida y deliciosa historia de Ruth, de ese modelo generoso y tierno de piedad filial, á quien Dios coronó de gloria y de felicidad.

Era el tiempo en que á los Israelitas los gobernaban jueces, y cerca de veinte años se habian pasado desde la administracion gloriosa de Josué, cuando asoló una hambre terrible el territorio de Bethlehem. Es de creerse que el azote fué general, pues que hirió hasta aquella ciudad, cuyo nombre fué debido á la fecundidad de su suelo. Bethlehem en hebreo quiere decir *casa del pan*. Dios, que se complace en poner en las cosas de la materia ciertos presagios de las cosas mas espirituales, habia permitido sin duda que fuese llamada así, porque en ella debia nacer un dia, segun la carne, Aquel cuya doctrina es el verdadero alimento del hombre, el *pan* de las inteligencias. Sea lo que fuere de estas relaciones misteriosas, Elimelech, habitante de

Bethlehem, tuvo de emigrar á la tierra de Moab, en union de su mujer Noemí y de sus dos hijos. Murió poco despues: sus hijos se casaron con dos moabitas, cuyos nombres eran Ruth y Orpha; pero pronto fueron á unirse en la tumba con Elimelech. ¿Serian arrebatados por el pesar del destierro? ¿ó fué su muerte prematura, como piensan algunos, la justa pena de sus alianzas prohibidas? Sabido es que Moisés habia excluido expresamente á los moabitas de la sociedad de Israel, y que tanto el espíritu como la letra de las leyes reprobaban esos casamientos peligrosos, en los cuales era mas frecuente la perversion del fiel que no la conversion del idólatra.

Privada de su marido y de sus dos hijos, resolvió la triste Noemí volver á su patria en union de Ruth y Orpha, porque habia llegado á su noticia que apiadado el Señor de su pueblo no seguian ya los estragos del hambre. Salió pues de la tierra extranjera y se puso en camino con sus dos nueras. Habian caminado ya un rato cuando les dijo Noemí: “Idos á la casa de vuestra madre; y que el Señor os trate con la misma bondad que habeis tratado vosotras á los muertos y á mí. ¡El os permita encontrar descanso en la mansion de los esposos que escojais de nuevo!” Entónces abrazó tiernamente á Ruth y Orpha, quienes se pusieron á llorar y respondieron: “Tremos contigo hácia tu pueblo:” sin embargo insistió Noemí, manifestándoles que le era imposible aliviar sus penas y que aquella afliccion no hacia mas que aumentar la suya propia; sus palabras habian impreso el sello de un vivo sentimiento de sus desdichas no ménos que de una religiosa resignacion. Orpha dió un beso de despedida á su suegra, y volvió á tomar el camino de Moab; pero Ruth, dulce, afectuosa, no quiso abandonar á Noemí.

Creyó ésta deber todavía hacer á la jóven algunas reflexiones. «Mira, la dijo, tu hermana se vuelve á su pueblo y á sus dioses; parte con ella.» Ruth le respondió: «No insistas en que te deje y me retire, porque á donde quiera que vayas, iré yo; en donde quiera que vivas, viviré yo tambien. Tu pueblo será mi pue-

«blo, y tu Dios mi Dios. La tierra en que mueras, me verá morir «á mí también, y en ella quiero tener mi sepultura. Quiero que «Dios me trate con todo su rigor, si no es solamente la muerte la «que me puede separar de tí»

Así es como Ruth hacia objeto exclusivo de su sacrificio á aquella muger cuyo hijo le habia sido tan querido, porque en las almas nobles y delicadas no es capaz el infortunio de romper los vínculos formados por la naturaleza ó por el afecto espontáneo; muy al contrario, estrecha la desgracia esos vínculos y les infunde cierta santidad. Aparece entónces la piedad instintiva revestida del carácter de la ternura, y se torna ese sentimiento esquisito y profundo, que hace arrostrarlo y sufrirlo todo por los que son objeto de nuestro amor; hay mas aún, parece que los desgraciados se engrandecen con su misma debilidad y adquieren un nuevo título á nuestra compasion por los sacrificios que nos han costado. Y es necesario tributar gracias á Dios que ha dictado, sin duda, esta ley, porque la desgracia persigue obstinadamente á los que ha herido una vez, y él no quiere que el amor de los unos sea menor que el padecimiento de los otros.

Al ver una resolucion tan firme, no quiso Noemí probar por mas tiempo á su fiel Ruth; y se encaminaron juntamente hácia Bethlehem. Cuatro dias por lo ménos tuvieron que andar por aquel ancho valle donde roposa el lago Asfaltites, entre dos cordilleras de montañas que se extienden del Setentrion al Mediodia y ocultan su cima en un cielo profundo y sin nubes; porque Ruth habitaba la parte del pais de Moab comprendida en la Arabia Petrea. Cuando hubieron llegado las viageras á Bethlehem, se esparció la noticia por todas partes, y las mugeres decian: «¡Ahí está Noemí!» expresion que marcaba, ó bien el gozo que se experimenta al ver á una persona conocida despues de una ausencia dilatada, ó mas bien la satisfaccion perversa con que son á veces acogidas las tentativas frustradas. Las almas pequeñas y viles jamas conceden la razon al desgraciado. Noemí respondia: «No me llameis Noemí (es decir, hermosa), llamadme Mara (es decir, llena de amargura),

porque el Todopoderoso me ha colmado de pesares. Salí de gala y el Señor me vuelve á traer de luto. ¿Por qué me dais el nombre de Noemí, cuando Dios me ha sumido en el abatimiento y la afliccion?» En aquellos siglos en que la inteligencia era grande, porque era viva la fé, se mezclaba el nombre de Dios con todos los discursos, del propio modo que su mano está mezclada con todos los acontecimientos.

En tiempo de la cosecha fué cuando Ruth y Noemí volvieron á Bethlehem. La jóven viuda dijo á su suegra: «Si así lo tuviéreis á bien, iré al campo á recoger las espigas olvidadas por los segadores, por donde quiera que encuentre un padre de familia que me lo permita.» Noemí consintió en ello. Sabido es que por las leyes de Moisés, el derecho de recoger las espigas olvidadas era propiedad exclusiva de los pobres, tanto indígenas como extranjeros; aun tenia obligacion el amo de dejarles adrede algunas espigas, y no le era lícito volver á recoger la gavilla que se quedase por distraccion en su campo. Salió, pues, Ruth; y siguió á los segadores recogiendo lo que caia de manos de estos. Una feliz casualidad, ó mas bien dicho, la Providencia de Dios, que siempre elige los medios mas convenientes de llevar á las criaturas á los fines que se propone su alta sabiduría, hizo que Ruth fuese á recoger espigas en el campo de un hombre muy rico llamado Booz y pariente de Elimelech.

Booz, á su vuelta de Bethlehem, se dirigió á su campo, y despues de saludar á sus segadores en nombre de Dios, tal cual se acostumbraba en aquellos tiempos de pureza primitiva, les preguntó quién era aquella jóven que recogia espigas en el campo. Ellos le contestaron: «Es la moabita que vino con Noemí. Pidió esta mañana permiso de recoger espigas, y ha permanecido sin ir á su casa hasta la hora que ves.» Se vé por estas palabras que, sin embargo del derecho que tenia Ruth de recoger espigas, no se atrevió á hacerlo sin pedir permiso, tanto por su carácter dulce y modesto, como por la timidez propia de un extranjero en tierra agena.

Booz, que ya tenia noticia de la piedad filial y virtudes de Ruth, la dijo: «Escucha, hija mia; no vayas á recoger espigas en otro campo; quédate con mis criadas y sigue á los segadores, que no te molestarán, porque así lo he mandado; y si tuvieses sed, ve á donde están las vasijas y bebe del agua reservada para mis sirvientes.» Esta oferta, ligera en apariencia, era una señal de particular bondad en un pais donde escasean las aguas y son extremados los calores. Prosternóse Ruth y dió las gracias á Booz, admirada de su benevolencia, pues que ignoraba el estrecho vínculo de parentesco que la unia con él, é ignoraba sobre todo, que aquel encuentro debia procurarle algun dia mayor gloria y mayor ventura que las que habia perdido.

Dijo tambien á Ruth Booz que se reuniese á los segadores á la hora de comer y tomase con ellos alimento; y así lo hizo ella en efecto, comiendo una parte de lo que le dieron y guardando la otra para su suegra.

Levantóse en seguida y fuese á seguir recogiendo sus espigas. Y Booz dijo á sus criados: «Aun cuando quiera espigar en la mies, no se lo estorbeis; dejad caer tambien adrede algunas espigas para que las recoja sin avergonzarse, y cuidado con entristecerla ni causarle dolor.»

Ruth continuó su tarea hasta el oscurecer, limpió las espigas y se encontró con cerca de tres cuartillos de grano. Tornóse á la ciudad, y presentó á Noemí tanto el fruto de su trabajo, como el alimento que le habia reservado.—«¡Bendito sea, exclamó la suegra, quien se ha compadecido de tí! ¿En qué campo has espigado hoy?» Contóle Ruth cuanto le habia pasado con Booz. «¡Bendito sea Dios! dijo Noemí, porque la benevolencia que tuvo con los vivos la conserva hasta con los muertos. Este hombre es nuestro pariente.»

Signió infatigable Ruth en su tarea todo el tiempo de la cosecha, porque la obediencia y la firmeza de ánimo eran sus dos principales virtudes. Acabada la cosecha, explicó Noemí á su nuera el precepto de la ley de Moisés, que daba por esposo á la viuda el pa-

riente mas cercano de su difunto marido. El objeto de esta disposicion, era impedir la confusion y extension de las familias y herencias, así como tambien la mezcla del pueblo israelita con otros pueblos. Esta legislacion y esta política eran exclusivas; pero no podian ser de otra manera, porque aun no habia llegado el tiempo de preparar, por medio de la mútua concordia y fusion de las naciones, la marcha rápida y el triunfo universal de la verdad entre los hombres. En vista del precepto ya dicho, Noemí ordenó á Ruth se adornase con sus mejores galas y se fuese á la era de Booz, á hacer valer su derecho. La dócil Ruth obedeció el precepto; encaminóse á la era; encontró á Booz descansando con la cabeza apoyada sobre las gavillas, y sentándose á sus piés, aguardó sumisa y silenciosa á que despertase. Despertó Booz, y viendo á sus piés á la moabita, le dijo: «Bendita seas de Dios, hija mia: tu virtud de hoy es superior á tus demas virtudes. Has dejado á los jóvenes, pobres y ricos, y has venido á pedir por esposo á un anciano, segun la ley de la tierra. Nada temas; haré cuanto me digas, porque en el pueblo te conocen todos por muger de virtud. Soy tu pariente; pero hay otro mas cercano. Si este no te quisiere por esposa, te juro por el Señor que me casaré contigo.»

¡Sublime sencillez la de las pasadas edades, que para ser expresada pone en tortura el artificial pudor de las lenguas modernas! Cuando hay alguien que se atreva á mostrarnos desde léjos alguna imágen de aquella ingenuidad perdida, se difunde por nuestra alma un dulce sentimiento de sorpresa y de placer, como el que nos conmueve al encontrar un tesoro perdido ó al volver á abrazar á un amigo, despues de una larga ausencia.

Booz cumplió su palabra. Habló con el pariente mas cercano, el cual renunció á su derecho; y entónces convocó á los ancianos y al pueblo, y delante de ellos declaró que aceptaba la sucesion de Elimelech y tomaba por mujer á la viuda de Nahalon. No hubo uno solo que no aplaudiese esta resolucion generosa, y le pronosticase toda clase de felicidades, porque Ruth, como habia dicho Booz, era conocida de todos como una muger de virtud.

Y el Señor dió un hijo á un Ruth. Y este hijo recibió por nombre Obed; y Obed fué padre de Isaí, padre de David, antecesor segun la carne del Hombre Dios que vino á morir por todos en la cima escarpada del Gólgota. Así es como Ruth la extranjera, Ruth la viuda desvalida, llegó á alcanzar la mas espléndida recompensa de sus virtudes. El Señor la bendijo; y al permitir en sus altos decretos que se contase Ruth en la genealogía de Jesucristo, nos dió una clara muestra de que las virtudes de la hija de Moab *la igualaban en precio con las cosas raras y lejanas.*

